

LAS SALIDAS DEL IRAN

EDUARDO HARO TECLEN

El Sha es ya una sombra. Comenzó a serlo cuando fue incapaz de contener las manifestaciones populares por ninguna de las dos vías que intentó: la violenta y la de concesiones. Esta sombra se hizo ya más transparente y lejana cuando los militares —con algún ministro civil— se hicieron cargo del poder; fueron estos militares los que comenzaron con ciertas medidas, aún prudentes, de investigación de fortuna de la familia imperial, de encuestas sobre corrupción y torturas y detenciones ilegales. Si era un ardid, no sirvió de nada. La presión popular continuó hacia adelante. Y parecía ya un condenado al exilio cuando el Presidente de los Estados Unidos, respondiendo a la pregunta de un periodista acerca de si el Sha podría mantenerse en el poder, dijo el 7 de diciembre: "No lo sé, aunque lo espero. La decisión pertenece al pueblo iraní. No hemos tenido nunca la intención, ni la tenemos, de intervenir en los asuntos interiores del Irán". Naturalmente que los Estados Unidos intervienen desde siempre, y cuentan con seguir interviniendo, en los asuntos del Irán y de otros muchos países. Pero el "No lo sé" ha impresionado extraordinariamente, aunque haya sido seguido de aclaraciones, comentarios, desmentidos y tergiversaciones oficiales y oficiosas. Si los Estados Unidos pueden, indudablemente mantendrán al Sha que "ha tenido tendencia a actuar en pro del establecimiento de los principios democráticos y de liberación social" (Carter), lo cual no parece nada cierto, pero que ha ayudado continuamente al establecimiento de los Estados Unidos no sólo en su país, sino en la zona circundante. Pero en el momento en que los Estados Unidos consideren que el Sha es precisamente el obstáculo para la permanencia de sus intereses en la zona, no sólo le dejarán caer, sino que harán todo lo posible porque se vaya cuanto antes, si es que consiguen una solución de recambio.

La solución de recambio que necesitan los Estados Unidos tiene que tener algunas condiciones previas. Que el país no se "neutralice", o sea, que no se incline más de lo debido para mantener el "statu quo" a su país fronterizo, la Unión Soviética; que la política petrolera continúe siendo la mis-

ma, es decir, que canalice su producción a través de compañías angloamericanas, que la proporción de sus exportaciones hacia Occidente sea la misma y que su política de precios no varíe; que no cambie su política exterior con respecto a Asia Menor y siga siendo prooccidentalista; que se mantenga en la misma posición favorable a Israel y a la Conferencia de Camp David en la cuestión del Oriente árabe; y que el cambio de régimen se haga dentro de las

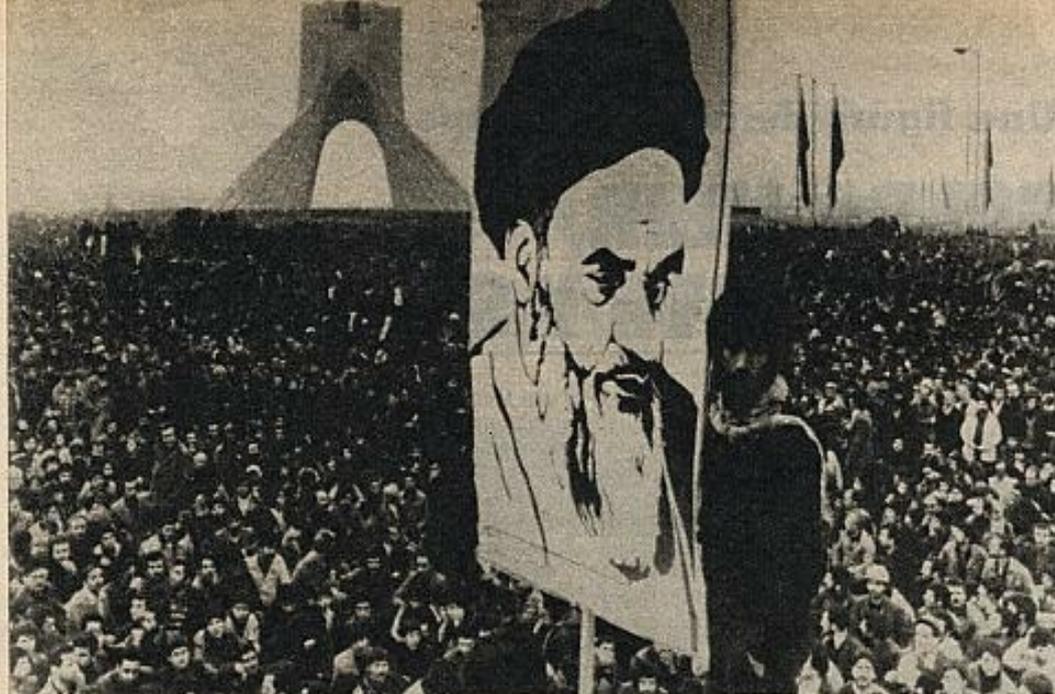
posibilidades de una "democracia controlada" y del respeto a la doctrina Carter de los "derechos del hombre", aunque al parecer la que actualmente estaba llevando el Sha parecía satisfactoria al Departamento de Estado: "Los derechos del hombre florecen realmente en Irán", ha declarado un alto diplomático americano en Bruselas durante la reunión de diciembre de la OTAN.

Si hubieran encontrado ya estas condiciones, el Sha habría dejado

de existir, al menos como soberano. Pero los jefes visibles de la oposición, el ayatollah Komeini, como jefe de la rebelión religiosa, y el dirigente del Frente Nacional, Karim Sanjabi —puesto en libertad el 6 de diciembre, después de unos días de detención—, no parecen estar en condiciones de ofrecer estas garantías. Komeini, porque realmente no parece desearlo, y no cesa de proclamar que su país debe ser absolutamente independiente de cualquier presión



El fanatismo religioso puede llevar a la convicción de que la muerte por la religión es un tanto considerable en la contabilidad eterna, sobre todo cuando la vida temporal es inadmisiblemente corta.



Komelini —cuya efigie porta la multitud— no cesa de proclamar que su país debe ser absolutamente independiente de cualquier presión exterior y establecer su Constitución dentro de la ley musulmana.

exterior y establecer su Constitución y su sistema de vida dentro de la estricta y austera ley musulmana de los chiitas. Sanjabí, porque no puede separarse de la alianza con los chiitas —que ha reafirmado después de su salida de la cárcel— y porque no sabe, en realidad, hasta dónde puede conducir la revolución en marcha. Decía Clemenceau que es más difícil terminar una guerra que iniciarla; lo mismo sucede con las revoluciones. La del Irán parece una de esas revoluciones que los teóricos creían ya imposibles en el mundo, como consecuencia del aumento de poder de las fuerzas contrarrevolucionarias. Precisamente ese es el caso de Irán. Tiene un Ejército numeroso, disciplinado —hasta ahora—, aguerrido y nutrido con importantes armas, desde los grandes tanques y aviones hasta toda la panoplia antidisturbios: comunicación, helicópteros, armas de cuerpo a cuerpo, bombas de humo. Y un número elevado de asesores de Estados Unidos, entre ellos especialistas en la contrarrevolución, los disturbios y las guerrillas, y en la caza a la oposición (importantes asesores de la CIA). Con todo ello, puede poco frente a una fiebre revolucionaria que parece contener las "condiciones objetivas" que ya se manifestaron en Vietnam —y tuvieron éxito— del nacionalismo, la miseria, la dignidad personal, la insultante diferencia entre pobres y ricos; más una que parece jugar poco en el mundo moderno, pero sí tiene una importancia decisiva en un mundo que no es moderno más que en algunos retazos, como

es el Irán: el fanatismo religioso, que puede llevar a la creencia de que la muerte por la religión es un tanto considerable en la contabilidad de la vida eterna. Sobre todo, cuando la vida temporal es inadmisiblemente.

Como siempre, todas las soluciones son tardías. Si Francia hubiera aceptado las primeras condiciones argelinas del moderado Ferhat Abbas, si los Estados Unidos hubieran aceptado las elecciones generales en Vietnam... Pero siempre la fuerza tiene una soberbia que la aleja de las "condiciones", de las concesiones, de las negociaciones. No las ha hecho el Sha más que a última hora, cuando ya parece demasiado tarde, y aún las ha acentuado en la víspera de la Achura, del mes de Moharram —un día conmemorativo dentro de un mes de duelo—, autorizando manifestaciones, liberando prisioneros políticos... Pero nada consigue aflojar la tenaza popular. Los paros, la reducción a niveles ínfimos de la producción de petróleo, la imposibilidad de gobernar...

¿A qué puede conducir lo que es difícil considerar de otra manera que como una revolución? Por una parte, a una reforma definitiva en el gobierno de la nación, que no tiene más que dos salidas inmediatas: o una dictadura férrea, sin limitar el número de muertos y de represalias de todas clases, lo que aplazaría el final, pero no lo evitaría, y que podría establecerse con el Sha o sin él, o una salida del Sha, que abandonaría el país con toda su familia, y el establecimiento de una democracia.

Con la restauración de una Constitución abandonada y traicionada. Lo que tuviera de revolucionaria esta democracia duraría, quizá, poco tiempo: iría limándose poco a poco.

Una tercera posibilidad que no deja de examinarse es la de la guerra civil clásica, "a la española". Es decir, una división del país en zonas, desde una de las cuales resistiría el Sha con los militares. Esta situación en un país con 2.000 kilómetros de frontera con la Unión Soviética sería extremadamente peligrosa. Desarrollando esta hipótesis, se puede llegar a una situación en la que los Estados Unidos pudieran intervenir militarmente en favor de las fuerzas contrarrevolucionarias, y la URSS a favor de las fuerzas revolucionarias. Todo ello desbordaría naturalmente el cuadro de una simple guerra civil y significaría una de las amenazas más directas a la paz del mundo que se hayan registrado desde que terminó la guerra: ni la división de Alemania ha tenido nunca ese riesgo. Lo que pasa es que es una hipótesis exagerada. Está claro que los Estados Unidos no tienen por ahora el menor interés en esta clase de confrontación —aunque estarían en una excelente situación, dado el contexto de países de la zona que ayudan al Irán— ni tampoco lo tiene la URSS, a pesar de las acusaciones que se le hacen de penetración en Asia Menor por esta vía y la del Afganistán (con el que la URSS acaba de firmar un comunicado en Moscú advirtiendo el peligro de una intervención militar de Estados Unidos en Irán).

Los Estados Unidos tienen clavado el recuerdo de su intervención en Vietnam; y la URSS no tiene por ahora el menor deseo de desequilibrar más de lo que está el "statu quo" de las dos potencias.

En lo que no puede caber ningún equívoco es en la decisión de Estados Unidos de defender una zona que considera vital desde todos los puntos de vista, desde el estratégico con respecto a la URSS hasta el táctico con respecto al Oriente Medio, pasando por su enorme interés económico. En buena lógica, si los Estados Unidos no van a soltar esa presa, si no desean que se convierta en un país en guerra civil ni que triunfe una revolución en marcha, la solución que están buscando es política.

No parece que ninguna solución política para el Irán, a no ser la de la dictadura que no prevalecería muchos años y que tampoco parece ahora posible, pasa por la salida del Sha y el restablecimiento de las libertades públicas. La idea de que el Sha reine sin gobernar, constituyendo un Gobierno de "responsabilidad nacional", parece sobrepasada por los hechos, y la oposición civil y religiosa no la ve posible ahora. Pero ese Gobierno de responsabilidad nacional podría suceder, con la colaboración de la oposición, si el Sha se fuese de palacio y del país; lo que convertiría al Irán en una República Islámica, con todo el conservadurismo que tiene ese término, y más en un país donde los chiitas no son precisamente progresistas, aunque tengan un amplio concepto de la justicia social y del reparto de la riqueza. Un conservadurismo que sería ante los Estados Unidos una garantía de distanciamiento de la URSS: nada más lejos de los chiitas que el comunismo. Un régimen con fuerza de los chiitas y dirigido por el Frente Nacional no vacilaría, tampoco, en poner la política del petróleo en la misma situación económica y política en que estaba antes, en que estaba ahora.

Si la lógica política funcionase, y ya sabemos que no funciona habitualmente, la salida —aunque no la solución— del conflicto actual del Irán se conformaría con la marcha del Sha, la República Islámica, la democracia y la continuidad en la política internacional actual. En lo que no deben confiar los Estados Unidos es en que en el estado actual de la revolución popular sea fácil contenerla en esos límites. Por lo menos, en los primeros tiempos. Pero después sería fácil, relativamente, contraerla. Como en Portugal... ■